

MENSAJE EN UNA BOTELLA

Just a castaway, An island lost at sea

Another lonely day, With no one here but me

Sólo un naufrago, una isla perdida en el océano

Otro día en soledad, sin nadie más que yo

- Tienes un mensaje en tu mesa – me dijo la secretaria de la emisora, nada más cruzar la puerta de la redacción.

Me acerqué a mi rincón. Como siempre, a la derecha descansaban las notas de prensa, folletos y dípticos del día a día de una ciudad costera de provincias. Al otro lado, información para mantener vivo “El Sonido del Mar”: diez años en antena, hablando del mar, de los pescadores, de las noticias del puerto mercante, de las playas bulliciosas durante el verano y los temporales que barrían la ciudad y nuestros ánimos durante el invierno... Sobre el teclado gris del ordenador destacaba un papel adhesivo amarillo con un mensaje breve: “Emilia Galante” y un número de teléfono móvil. Ningún dato más.

-¿Quién es esta mujer? – pregunté.

- Ni idea. No me dejado nada más que su teléfono. Y que la llames cuando puedas, que tiene que hablarte de una cosa que puede gustarte para tu programa...

Encendí el ordenador. Arrancaría en un par de minutos, lo justo para llamar.

- Dígame.

- Buenos días, soy Hugo de la Puente, de la radio. Tengo un mensaje suyo para llamarle a este número. Es usted Emilia Galante, ¿no?.
- ¡Buenos días, Hugo!. Perdona que le moleste, pero en casa llevamos muchos años escuchando el programa y creo que hay algo que debería ver usted mismo.
- ¿Algo para ver yo mismo?.
- Mi abuelo acaba de morir. Era oyente suyo, también. Vivía solo, en el pueblo, y estamos limpiando y ordenando sus cosas. No sabíamos que tenía alquilada una pequeña lonja que había convertido en oficina y almacén. Hasta hace cuatro días no teníamos ni idea de que tuviera este local ni de lo que guardaba aquí. Por eso le llamo...
- ¿No puede darme más detalles?.

Emilia Galante me explicó en un par de frases parte de lo que había descubierto sobre su abuelo. Fue suficiente para convencerme y hacerle una visita. Una visita que cambió mi vida...

Walked out this morning, don't believe what I saw

A hundred billion bottles, washed up on the shore

Paseando esta mañana, no creía lo que veía

Cientos de millones de botellas, arrojadas desde la costa

Hice el viaje con *Police* acompañándome en el CD del coche. Sting cantaba su *Mensaje en la Botella*, asombrado de encontrar tantos naufragos de amor como él. Al llegar al pueblo seguí las instrucciones de la mujer para encontrar la calle de la lonja misteriosa. Aparqué mientras ella aguardaba a la puerta. Esperaba de pie, abrigada por una chaqueta fina, de punto. Al acercarme, antes de presentarnos, me

fijé en ella. Emilia Galante tenía alrededor de 30 años. Era morena, de pelo no muy largo, recogido en una coleta bien peinada. Más bien baja, pero esbelta y de aspecto sencillo, sin maquillaje. En sus manos no llevaba joyas. Su rostro se notaba cansado, pero tenía unas facciones agradables, elegantes. Vestía con colores sobrios y hablaba con voz suave. Me tendió la mano, nos saludamos y me señaló la puerta de madera verde que se abría en la fachada.

- Mi madre y mi hermano piensan que tendríamos que tirar todo esto. Creen que es una locura y que debemos destruirlo. Les he convencido para dejarle que lo viera, para que nos diga qué opina de la colección de mi abuelo...
- Ya le dije antes que sólo soy periodista, que no sé nada de colecciones, de arte.

Emilia no me contestó. Abrió la puerta verde y alargó el brazo hacia la pared. Al momento, se encendió una lámpara en el techo. Habíamos entrado en una pequeña oficina, con una mesa y su silla antiguas, de madera, que ocupaban casi el centro de la sala. Sobre la mesa dormitaba una vieja máquina de escribir. A los lados había estanterías llenas de archivadores y ficheros, y algunas fotografías enmarcadas en las que apenas me fijé. Emilia no se detuvo en la oficina y se acercó hasta una puerta al fondo.

- Pase, Hugo. Aquí está lo que me gustaría que vea con tranquilidad.

Emilia abrió la puerta y repitió el gesto del interruptor de la luz. Atravesé el umbral. Entré en una habitación con las paredes totalmente forradas con anaqueles largos, que se alzaban del suelo al techo. Eran de madera, sujetos con escuadras atornilladas a la pared. El centro de la habitación estaba ocupado por armarios de estantes, abiertos hacia ambos lados, también de madera. Sobre todos los tableros de aquellos muebles había una colección infinita de botellas de vidrio. Creí ver que estaban vacías y brillaban reflejando la luz de los focos que les iluminaban desde el techo.

Unas eran verdes, otras ámbar y la mayor parte, transparentes. Casi todas parecían botellas de vino, normales, aunque algunas eran más pequeñas y otras de formas diferentes: de cuello corto y rechonchas, o finas y alargadas... Todas estaban cerradas con tapones de corcho que sobresalían del gollete.

- ¿Éste es el almacén del que me habló antes?. ¡Madre mía!.

Emilia respondió alargando un brazo y alzando una botella del estante más cercano. Me la ofreció y la tomé como si sujetara un vino de la mejor cosecha. Pero aquel recipiente no contenía ningún líquido dentro. Sin embargo, llevaba una pequeña etiqueta blanca, adhesiva, pegada en la parte baja. En ella, escritos a máquina, había un número, una fecha y dos nombres:

617 3 de marzo de 1.988

Tortuga laúd

Dermochelys coriacea

- ¿Tortuga laúd?. – pregunté, agitando levemente la botella -. ¡Si está vacía!.

- No, no lo está, Hugo... - respondió Emilia despacio, moviendo levemente la cabeza hacia los lados, acompañando con el gesto sus palabras -: ésta es la colección de mi abuelo. Su Colección de Sonidos del Mar...

Emilia se apoyó contra el marco de la puerta. Por teléfono ya me había avisado de que tenía una extraña historia que contarme...

- No sabíamos que el abuelo llevaba más de veinte años con esta colección. Mi familia aún no se cree que haya sido capaz de engañarnos tanto tiempo. Ya le dije que vivía solo. Nosotros no venimos al pueblo más que para el verano y, de vez en cuando, a verle. Fue periodista, como usted. Trabajó para “La Voz”, como corresponsal de la comarca. Nunca dejó de escribir y no nos extrañó

cuando supimos que tenía una pequeña oficina a la que había traído su vieja Olivetti y algunas de sus cosas. “Manías de viejo”, dijo mi madre cuando lo supo. Pero nunca insistió en que viniéramos aquí, ni nosotros hicimos ningún esfuerzo por conocer este local. Así, en secreto, fue agrandando su colección de sonidos...

- No le entiendo. Yo sólo veo un montón enorme de botellas vacías. Perdona, pero quizá su madre tiene razón y esto es el delirio de un hombre viejo...
- Venga afuera – contestó Emilia, saliendo a la oficina.

Dejé la botella en su lugar del estante y la seguí. La luz quedó encendida, reflejándose en aquel mar de vidrio. Emilia se acercó a los archivadores almacenados en los muros, abrió uno y extrajo una ficha, que me mostró. Era un tarjetón de cartulina, de los usados en los ficheros de las bibliotecas. En la parte de arriba había un número – “360” – y debajo, como en la etiqueta de la botella, una fecha y dos nombres: uno en castellano y otro en latín. Esta vez, se referían a un ave: “Gaviota argénteo, *Larus argentatus*”.

- Mi abuelo se ha dedicado estos veinte años a envasar los sonidos del océano...
- Perdona, Emilia, pero...

No me dejó acabar. Con la ficha en la mano, volvió dentro del almacén de botellas. Fue buscando en un estante hasta que encontró la botella deseada. Me la acercó mostrándome la etiqueta: era la botella 360, la gaviota argénteo. La agité y volví hacia abajo un par de veces. Emilia alargó la mano y tomó la parte del tapón que quedaba fuera de la botella.

- Sujete fuerte – me pidió, mientras tiraba del tapón.

Aferré con fuerza el recipiente mientras ella daba un par de tirones. Se oyó el descorche seco y, de repente, la sala quedó en completo silencio durante un

segundo. Al punto, a lo lejos comenzó a escucharse el canto de una gaviota. Era el maullido de las grandes gaviotas blancas que solían descansar en el puerto, sobre las farolas o los norays, esperando la llegada de los barcos pesqueros. El sonido se fue acercando y se mezcló con el de otras gaviotas. Emilia agitó la botella y el griterío subió de intensidad. De repente, dentro de aquel almacén de botellas, se había colado una bandada de gaviotas argénteas y nos sobrevolaba, invisible, mientras su canto invadía mis oídos. Emilia agitó otra vez el vidrio y las gaviotas reaccionaron alzando el vuelo y sus lamentos. La mujer tomó de mis manos la botella y la tapó. El sonido de las gaviotas fue perdiéndose en la distancia, hasta cesar por completo. Nos quedamos en silencio.

- Aún no he tenido tiempo de comprobar toda la colección – me dijo Emilia –. Creo que podría haber más de 2.000 ó 2.500 botellas. Muchas tienen nombres iguales, así que no sé cuántos sonidos hay en total...
- ¡¿Ha abierto más botellas?! – pregunté, aún asombrado.
- Al principio tampoco entendía lo que había dentro de ellas. Pero ayer estuve toda la mañana sentada en la mesa del abuelo, repasando sus cuadernos y sus carpetas. Descubrí que hace veinticinco años, un grupo de marsopas llegó a la bahía del pueblo. Unos botes salieron a la mar y las persiguieron, clavándoles arpones - ¿de dónde los habrían sacado? – y echándolas hacia la arena. Horas después de llegar las marsopas, varios cuerpos yacían moribundos en la playa. Según cuenta el abuelo, cuando se acercó a uno de aquellos delfines, el animal le miró jadeante y abrió la boca. Un hilo de sangre escapó entre sus dientes mientras la marsopa agitaba el cuello y muy débilmente lanzaba su llamada. El abuelo cuenta que escuchó a otras marsopas contestar desde el agua, impotentes, incapaces de rescatar a su compañera mientras los botes aún amenazaban con

herirlas desde la superficie. La llamada de la marsopa de la playa cada vez era más débil. Al abuelo se le ocurrió que aquel grito de auxilio no podía perderse. Volvió corriendo a su casa y tomó una botella vacía. ¿Por qué no pensó en llevarse su grabadora?. Nunca lo sabré. Pero se acercó a la marsopa con su botella vacía y, como los náufragos desesperados, la aproximó al hocico del animal y atrapó su llamada de socorro.

- Pero, pero... - protesté. Emilia me hizo un gesto con la mano, pidiéndome que le dejase continuar.
- Ya sé que es absurdo, pero el abuelo se llevó aquella primera botella, convencido de que dentro debía haber entrado parte de aquella llamada desesperada del animal. En casa, hizo una etiqueta con la fecha y el nombre del pobre delfín. Después, escribió una crónica de la noticia. Fue uno de sus últimos artículos. A los pocos meses se jubiló y, a partir de entonces, se dedicó a buscar los sonidos de los animales que están en peligro. Mire, Hugo, sígame...

Emilia Galante caminó hacia el fondo del almacén, entre dos altas estanterías repletas de cientos de botellas. En la pared de enfrente me señaló varias etiquetas.

- Ahora entiendo su empeño por visitar la Patagonia, hará unos 18 años. Se marchó solo, casi un mes...

En el estante descubrí botellas con las etiquetas de “elefante marino”, “pingüino de Magallanes”, “gaviotín”, “paloma antártica”... Levanté la vista hacia otras baldas: “cormorán patagónico”, “lobo marino de un pelo”, “ballena franca austral”, “orca”,...

- ¿Hizo más viajes? – pregunté al leer los títulos de las botellas de un anaquel cercano.

- Desde entonces, en estos veinte años no paró de viajar hasta hace pocos meses, cuando comenzó a sentirse mal. Pascua, las Galápagos, Australia, las islas del Pacífico, California, el Mar del Norte, Madagascar... Según dice en sus cuadernos, llegó hasta las Malvinas y las Shetland del Sur...

Esos destinos confirmaban las etiquetas que había leído: “pez vela”, “ballena jorobada”, “albatros”, “iguana marina”, “cormorán enano”, “gran mako blanco”, “charrán ártico”, “frailecillo”,... Aquellos muebles eran un auténtico museo natural. Un museo de sueños atrapados en vidrio.

- ¿Todas tienen sonido dentro? – me obligué a preguntar -. ¿No puede ser una broma...? -. No quería herirla con mis palabras, pero aún necesitaba convencerme de que aquel almacén era real...
- Abra alguna otra, si quiere - respondió la nieta -. Pero no la deje mucho tiempo destapada. Dice mi abuelo que el contenido se escapa, se pierde. Y, según he leído en sus notas, aquí hay sonidos que nunca más se volverán a escuchar en libertad, en medio del océano...

No pude resistirme y abrí uno de los recipientes. “1.027 22 de julio de 1.994 Narval *Monodon monoceros* “. Al instante, una escuela de aquellos cetáceos de enorme colmillo me rodeó y me llevó al fondo del Ártico, buceando junto a belugas y ballenas. Los narvales hablaban entre ellos, se acercaban a mí, jugaban alrededor, desaparecían en el azul inmenso... Cerré la botella y regresé del Ártico a aquel almacén sorprendente y mágico. Hice lo mismo con una botella de pingüinos y otra de un rape. Los pingüinos me acompañaron sobre el hielo, caminando torpes en busca de la costa y el rape llenó la habitación con su ronquido armónico, como un timbal resonando en el fondo marino...

I'll send an SOS to the World, I'll send an SOS to the world

I hope that someone gets my Message in a bottle

Voy a enviar un SOS al mundo, enviaré un SOS al mundo

Espero que alguien encuentre mi mensaje de la botella

-Usted lleva muchos años con su programa, con “El Sonido del Mar”. Ya le he dicho que mi abuelo era oyente suyo. Disfrutaba mucho con sus reportajes y alguna vez le escuché decir que usted era de fiar. Ahora, aquí tiene una gran parte de los sonidos del mar. Según mi abuelo, pudo recoger los últimos sonidos de algunos animales y paisajes que ya no van a repetirse. Nunca más. Y no sé qué hacer. No sé si es bueno que esto se haga público. ¿Lo entendería la gente?. ¿Serviría para guardar la memoria de esos sonidos que se van perdiendo?. No sólo hay llamadas de animales: también recogió días de oleaje y tempestad, sonidos de algunas playas que sabía que iban a ser destruidas por urbanizaciones y obras, estuarios, islas,... Aún no he encontrado varias botellas en las que, según escribe, logró traer el sonido del manglar. Eso tuvo que ser durante dos viajes, uno a Panamá y otro a Indonesia. Dice que, después, llegaron las empresas de marisco y comenzaron a cultivar camarones allí. “Ya no se oye el antiguo manglar si no es en mis botellas”, leí ayer.

- ¿Tiene mucha prisa? -, pregunté a Emilia.

Deseaba quedarme un buen rato deambulando entre las estanterías de botellas, investigando las notas de aquel hombre, “Era oyente suyo. Decía que usted es de fiar...”. ¿Quién podía haber imaginado una colección así?. ¿Qué tipo de persona podía trabajar veinte años en reunir todo esto?. ¿Qué podía hacer yo, además de

jugar, como un chiquillo, a leer las etiquetas, abrir alguna de las botellas y dejarme embriagar por el sonido que escapaba del vidrio y envolvía la habitación...?.

Han pasado dos años desde que Emilia Galante me llamo para conocer el Almacén de Botellas. Hoy sigo dirigiendo “El Sonido del Mar” e incluyo grabaciones de animales o lugares marinos, muchos de ellos extraños o lejanos. Mis compañeros no saben de dónde obtengo las grabaciones. Sólo Emilia, su familia y yo conocemos el secreto del Almacén.

Ahora tengo un destino: continuar la colección de botellas del abuelo de Emilia. El viejo me lo pidió. Aquel primer día, cuando ya me iba, Emilia me detuvo junto al primer anaquel y tomó una botella verde.

- Por cierto, Hugo. Mi abuelo dejó un mensaje para usted...
- ¿Sabe que aún no me ha dicho el nombre de su abuelo? – repliqué, mientras ella sujetaba el tapón de la botella y tiraba hacia arriba.
- No se preocupe: ¿quiere conocerle? – dijo Emilia en el momento en que hacía saltar el corcho...

Aquella fue la primera y última vez que escuché la voz del viejo coleccionista de sonidos del mar, pidiéndome ayuda...

Esa botella verde es la única del Almacén que hoy sigue destapada.

I hope that someone gets my Message in a bottle

Sending out an SOS

Espero que alguien encuentre mi Mensaje en la botella...

...Que lanza un SOS

(Police)